

Literatura e Historia: en torno a *La Guerra del Fin del Mundo*

Nicolás Cruz (2008)
Instituto de Historia PUC.

Al profesor Francisco Borghesi, con afecto y reconocimiento.

La Guerra del Fin del Mundo de Mario Vargas Llosa, publicada en 1981, tiene como escenario la Guerra de Canudos que tuvo lugar en los sertones de Bahía en los últimos años del siglo XIX. Lo que bien podría haber sido una rebelión local protagonizada por una serie de marginales al sistema republicano que se implantaba desde hacía unos pocos años, terminó por ser un hito que hasta nuestros días sirve como referencia cronológica obligada en la historiografía de la república temprana. De alguna manera las prédicas de Antonio Consejero, la adhesión irrestricta que generó entre sus seguidores hasta llegar a formar una suerte de “república”, las diversas reacciones que fueron involucrando a distintos sectores políticos, militares, religiosos y financieros de Brasil, han convertido esos hechos en un objeto de interés para el ensayo, la literatura y la historia.¹ A partir de esta situación es que intentaré explorar las relaciones entre la historia y la literatura, destacando de manera especial la correspondencia que existe entre ambas formas de discurso al momento de rescatar la memoria.

En una de las escenas finales de la novela de Mario Vargas Llosa se narra la visita que el periodista que cubrió la Guerra de Canudos para el *Jornal de Notícias* hace al Barón de Cañabrava una vez terminado el conflicto. Ahí, quien fue un testigo parcial de lo acontecido, le manifiesta su intención de escribir la historia para que lo sucedido no quede en el olvido. El Barón, jefe político de la aristocracia agrícola de Bahía, que vio desaparecer una parte significativa del mundo en el cual se basaba su poder durante los años de lucha (1893-1897), le responde: “Epaminondas (se refiere al jefe republicano de Bahía y su enemigo político durante el conflicto)

¹ Luego, inmortalizada por Euclides da Cunha en su monumental *Os Sertões*, la conflagración de Canudos se convirtió en un momento definitorio en el republicanismo brasileiro, convirtiendo a la guerra en parte del léxico de la creación del estado y de la nacionalidad.

hace bien en querer que no se hable de esa historia. Olvidémosla, es lo mejor. Es un episodio desgraciado, turbio, confuso. No sirve. La historia debe ser instructiva, ejemplar. En esa guerra nadie se cubrió de gloria. Y nadie entiende lo que pasó. Las gentes han decidido bajar una cortina. Es sabio, saludable.” Pero, el periodista, cuya característica física más evidente a lo largo de la obra es la miopía, insiste en su punto: “No permitiré que se olviden”... “Es una promesa que me he hecho”, y lo hará “De la única manera que se conservan las cosas. Escribiéndolas”.² Queda así presentada la tensión entre la memoria y el olvido.



Y las escribió, pero no el periodista miope que es uno de los personajes mayores de Vargas Llosa, sino que un ingeniero militar, republicano comprometido, culto y sensible, como lo fue Euclides de Cunha, , quien tuvo una estadía fugaz en Canudos antes del desenlace de la guerra.³ Su libro *Os Sertoes*, decisivo por todo lo que refiere a la memoria del conflicto, junto con presentar de manera precisa y detallada los distintos momentos de la lucha, enfatizando en las campañas militares, contiene una primera gran interpretación de lo sucedido: fue la lucha entre un Brasil costero que deseaba ser republicano, moderno y europeo (que equivalía a decir francés), contra otro del interior, religioso, desconfiado, refractario a los cambios y

² Todas las citas de la novela las he tomado de la edición definitiva de *La Guerra del Fin del Mundo*, Mario Vargas Llosa, a cargo de Alez Zisman, Alfaguara, España, marzo 2003, 2ª ed. La conversación se encuentra en la página 458.

³ He utilizado la traducción castellana aparecida bajo el título *Los Sertones. Campaña de Canudos*, Colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica, Edición preparada por Florencia Garramuño, Traducción de Benjamín de Garay, 2003 (edición anotada), Argentina.

novedades, monárquico, no en cuanto defensor de un sistema político sino que en favor del recuerdo del buen rey que había abolido la esclavitud. Pero, y como ha sucedido varias veces, el objeto de estudio tiene esa capacidad de acercar y enamorar a su escritor, tanto que Da Cunha termina atendiendo a la sensibilidad y motivaciones de los sertoneiros.⁴ Su libro fue un gran éxito de lectura el año de su aparición (1902) y lo ha seguido siendo hasta el presente. Sirvió de base de inspiración a la novela *El Profeta del Sertao* de Lucien Marchal⁵, publicada en 1954, y la que publicó Vargas Llosa en 1981.⁶

En *La Guerra del Fin del Mundo* quien asiste a los hechos es el periodista anónimo, cuya motivación para solicitar la corresponsalía es la admiración que siente por el coronel Moreira César, gloria militar del Brasil que ha sofocado las recientes rebeliones contra la República, y constituye una supuesta respuesta definitiva del gobierno republicano para barrer de una plumada, después de dos intentos fallidos, a los sublevados de Canudos. Y si bien el personaje respondía en buena medida a su leyenda, sucedió allá en Canudos lo que nadie imaginaba: Moreira César murió en el campo de batalla y su poderoso y moderno ejército fue derrotado nuevamente por aquellas tropas de tan diversa procedencia que se agrupaban tras Antonio Vicente Mendes Maciel: El Consejero. La derrota del ejército es lo que precipita al periodista entre los “fanáticos”. Allí experimentará el miedo y el terror ante la muerte cuando un nuevo ejército se haga presente para definir, ahora sí, la situación. Más aún, en esa fase experimentará el tránsito desde su miopía que siempre le había dificultado la visión nítida de las situaciones a la ceguera: “En realidad no vi nada. Se me rompieron los anteojos el día que deshicieron al Séptimo Regimiento. Estuve allí cuatro meses viendo sombras, bultos, fantasmas...Pero aunque no las vi, sentí, oí, palpé, olí las cosas que pasaron...Y, el resto, lo adiviné.”⁷ Pero por sobre todo fue el terror, la búsqueda de protección entre otros que eran tan irrelevantes como él en términos de combate y defensa de la sitiada Canudos, fue lo que le habría impedido ver aunque hubiese conservado sus anteojos. Parece central el uso del término adivinación: Lo que no vi –podría haber dicho- lo pude adivinar por toda la experiencia, las claves y el conocimiento de los que participaban en los hechos. Aún así, y pese a todas las condicionantes y evidentes limitaciones que enfrenta, se muestra decidido a escribir la historia para que se conserve el recuerdo de ella.

El periodista no era el único que escribía. También lo hacía El León de Natuba, “el Apóstol del Consejero”, quien al andar se apoyaba los pies y las manos y tenía una cabeza enorme “que se cubría en efecto de unas tupidas crenchas que le

⁴ En algún momento leí una referencia en la que se llamaba la atención de que el tránsito de sensibilidad de Euclides de Cunha por el Consejero y sus seguidores, es similar al que se puede advertir en la obra de Joseph Conrad *Corazón de las Tinieblas* y en la de James Money *The Great Dance*. Los tres partieron de una cierta visión de la superioridad cultural para concluir descubriendo los variados aspectos de los “otros” protagonistas de sus escritos. Agradezco a Claudio Rolle y a Fernando Purcell por la inapreciable ayuda bibliográfica para la realización de este ensayo.

⁵ Marchal, Lucien *El Profeta del Sertao*, Editorial Zig-Zag, Santiago-Chile, 1956, Traducción Jorge Onfray.

⁶ “No hubiera escrito esta novela sin Euclides da Cunha, cuyos *Os Sertoões* me reveló en 1972 la guerra de Canudos, a un personaje trágico y uno de los mayores narradores latinoamericanos”. En la edición citada, Prólogo.

⁷ Pág. 456.

tapaban las orejas y zangoloteaban con sus movimientos”, y que había aprendido a leer y escribir sin que nadie le enseñara. El será el escriba del máximo inspirador de la rebelión, y su esfuerzo se centrará en transcribir las palabras del santo para la eternidad y para eso las registró todas mientras hubo tinta y papel en Canudos (“Yo escribía todas las palabras del Consejero...Sus pensamientos, sus consejos, sus rezos, sus profecías, sus sueños. Para la posteridad. Para añadir otro evangelio a la Biblia”)⁸. Pero había también leído toda letra impresa que había caído ante sus ojos, y esto le posibilita decir al periodista miope que sabía muchas cosas y que estaría feliz de compartirlas. Sus escritos, aquel otro componente fundamental de la historia, no pasaron a la posteridad y parece un hecho que se perdieron entre el fuego y la destrucción de la iglesia de San Antonio.

Pero, ¿cuál historia era la que cabía narrar? El periodista y el barón coinciden en que “Canudos no es una historia, sino un árbol de historias”, es una “historia de malos entendidos”. Quizás aquí se describa de la manera más sintética y profunda aquello que sucedió en Canudos y que conmocionó a Brasil hacia finales del siglo XIX. Mientras la reconstrucción más o menos completa de los hechos puede llegar a ser posible (¿donde?, ¿cuándo?, ¿quiénes?, ¿qué batallas?, etc.); el por qué y el cómo solo pueden reconstruirse a partir de las variadas y contrapuestas versiones. Esto último es lo que termina siendo la historia de los sucesos de Canudos; una historia rica y diversificada que se construye a partir de los varios ángulos distintos y confrontados.

Para los sebastianistas del Consejero hubo, en el principio, una voluntad religiosa que los arrastraba y que los llevó a recorrer todos los sertones más de una vez, predicando, reconstruyendo las iglesias abandonadas y destruidas, hasta que tomó forma en la organización social y religiosa de Canudos. El padre Joaquim —único sacerdote que prestaba servicios en Canudos, contraviniendo las disposiciones del Arzobispo- los describe como “Miles...Cinco, ocho mil, no se. Los más pobres, los más desamparados. Se lo dice alguien que ha visto mucha miseria. Aquí abundan, con la sequía, las epidemias. Pero allá parece que se hubiera dado cita, que Dios los hubiera congregado. Enfermos, inválidos, todas las gentes sin esperanza, viviendo unos encima de otros...”⁹ Esos son creyentes “como no he visto creer a nadie”... “Ellos no son políticos, no saben nada de política...están contra el matrimonio civil, por eso del Anticristo. Son cristianos puros...No pueden entender que haya matrimonio civil cuando existe un sacramento creado por Dios...” Y el periodista miope, a su vez, se declara a sí mismo las dificultades que enfrenta para entender quienes son y termina por pensar que “se trata de algo más difuso, inactual, desacostumbrado, algo que su escepticismo le impide llamar divino o diabólico o simplemente espiritual. ¿Qué entonces?...”¹⁰ Fue a esos a quienes la República de Brasil les declaró una guerra que no habían buscado pero que aceptaron combatir hasta el final.

⁸ Pág. 617.

⁹ Pág. 332

¹⁰ Pág. 337.



La Iglesia representó el centro del movimiento de Canudos

Eran encuerados “que habían vivido arreando el ganado de los coroneles hacendados”; caboclos; mamalucos¹¹ que habían realizado diversos oficios con anterioridad; mulatos y negros cimarrones, un variado grupo que vio en la fe religiosa una posibilidad de redimirse, de adherir a un grupo de iguales o similares y a un enemigo común en la república estrenada hace poco tiempo. Más adelante, quienes desearan habitar en Canudos debían prestar el siguiente juramento: “Juro que no he sido republicano, que no acepto la expulsión del emperador ni su reemplazo por el Anticristo...Que no acepto el matrimonio civil ni la separación de la Iglesia del Estado ni el sistema métrico decimal. Que no responderé las preguntas del censo. Que nunca más robaré, fumaré ni me emborracharé ni apostaré ni fornicaré por vicio. Y que daré mi vida por la religión y el Buen Jesús”¹² La base del recelo era el temor de que todas las medidas del gobierno apuntasen a reestablecer la esclavitud de las que el rey los había liberado, ¿para qué realizar un censo o cobrar los impuestos si no? Desde este punto de vista, Canudos se convertirá en un lugar de recepción de los más diversos marginales del nuevo sistema, aquellos que se oponían al sistema que bajo un nuevo nombre e ideas propias de los que habitaban en las ciudades de la costa, intentaba revertir los pocos beneficios que habían alcanzado. Pero, en un nivel de mayor profundidad:

¹¹ Caboclos y Mamalucos se usan en muchas ocasiones como sinónimos para designar a los mestizos de europeos e indios. En otras ocasiones, Caboclo es usado para señalar a los habitantes de la selva. Es probable que en la obra de Vargas Llosa se use en este último sentido. De alguna utilidad, aunque para consultarse con reservas son las “Notas lexicológicas del traductor” en la citada edición del texto de Euclides da Cunha, pp. 427- 432.

¹² Pág. 270.

“la guerra que ellos libraban era sólo en apariencia la del mundo exterior, la de los uniformados contra los andrajosos, la del litoral contra el interior, la del nuevo Brasil contra el Brasil tradicional. Todos los yagunzos¹³ eran conscientes de ser solo fantoches de una guerra profunda, intemporal y eterna, la del bien y del mal, que se venía librando desde el principio del tiempo.”¹⁴

Para los bahianos del Partido Republicano Progresista, Canudos vendrá a representar la oportunidad de enfrentar a los grandes propietarios agrícolas – principalmente azucareros en esa época- que desde antes de la formación de la república habían controlado esas tierras en todos los planos. La ocasión estará dada por “la necesidad” de que sea el gobierno central, a través del ejército, quien ponga pie firme en la región y se haga cargo de un problema que es, de acuerdo a la acusación de los republicanos, alentada y financiada por los agricultores (autonomistas), en combinación con la Iglesia y por la Corona Británica deseosa de recuperar su protagonismo económico en la zona.¹⁵ Las primeras derrotas de las fuerzas policiales y militares en Canudos constituyen victorias parciales puesto que obligan a la intervención centralista, y el triunfo final del ejército implicará la consolidación de su poder en contra de los antiguos poderosos.

Para los autonomistas de Bahía, encabezados por el barón de Cañabrava y los “coroneles”, el manejo que concluyó con la sublevación de Canudos había sido un desastre: “A esos locos había que dejarlos en paz o acabar con ellos a la primera. Pero no hacer algo tan mal hecho, no dejar que se convirtieran en un problema nacional, no hacer un regalo así a nuestros enemigos.”¹⁶ Los ojos de todo el país se posaban en aquel apartado rincón que ellos habían manejado de acuerdo a sus intereses y conveniencias. Estos barones de la tierra, en general contrarios a las leyes abolicionistas, constituirán uno de los grupos que perderán más en el conflicto: dejarán de controlar una parte de sus posesiones, cederán poder político ante los republicanos y, por sobre todo, se derrumbará el ascendiente que tenían sobre a población. Con toda claridad tendrán ocasión de comprobar que ese Brasil que ellos manejaron se había modificado de una manera irreversible, al menos por lo que a ellos respecta.¹⁷

¹³ Nombre genérico que se da a los habitantes del noreste, especialmente a los de Bahía. Se utilizó para referirse a los pobladores de Canudos. Ver las “Notas lexicológicas del traductor” en la citada edición del texto de Euclides da Cunha, pp. 427- 432.

¹⁴ Pág. 153.

¹⁵ El coronel Moreira César, un jacobino en estos temas y partidario de una República Dictatorial en manos militares, plantea la ecuación en los siguientes términos: “Esos pobres diablos [los de Canudos] son un instrumento de los aristócratas que no se resignan a la pérdida de sus privilegios, que no quieren que el Brasil sea un país moderno. De ciertos curas fanáticos que no se resignan a la separación de la Iglesia y del estado porque no quieren dar al César lo que es del César. Y hasta la propia Inglaterra, por lo visto, que quiere restaurar ese Imperio corrompido que le permitía apropiarse de todo el azúcar brasileño a precios irrisorios. Ni los aristócratas, ni los curas, ni Inglaterra, volverán a dictar la ley en Brasil.” (pág. 197)

¹⁶ El Barón de Cañabrava en pág. 220.

¹⁷ El poder de “los coroneles” que dirigían distintos sectores de la industria agrícola y forestal de Brasil, especialmente en el noreste de la República, está también graficada en la novela de Jorge Amado *Tierras Sin Fin*, cuyos protagonistas son los propietarios de las extensas plantaciones de cacao. Este tema lo retomó el autor en *Gabriela Clavo y Canela*, ambientada

El lugar del enfrentamiento entre ambos partidos es el Parlamento y es allí donde se puede apreciar con claridad que la disputa que se lleva adelante en el hemiciclo tiene tanto de Canudos cuanto de un capítulo de un combate político que se va manifestando a través de un largo tiempo. Ahí suena el nombre de Inglaterra, la monarquía, la república y sus ideales, y los sertoneiros importan poco o nada.



Para Galileo Gall, un frenólogo escocés, revolucionario, anarquista, quien naufragó frente a las costas de Bahía y decidió quedarse a vivir en el lugar, el conflicto de Canudos se inserta de manera más definitiva en la historia mundial. Allá, en el interior de Bahía donde la tierra es seca y genera principalmente pobreza, se estaría llevando a cabo una revolución mundial que concluirá en la creación de una república de iguales, todo esto, aunque sus actores no lo sepan. Sus motivaciones para viajar hasta el escenario de la guerra fue el de apoyar a los idealistas de Canudos, ejemplos sobresalientes de los rebeldes de todo el mundo. Su forma fue la de trasladar armas para los rebeldes, pero como ningún otro irá siendo captado por esa geografía, sus habitantes y el sentido ético de esas existencias. No llegó nunca a Canudos y, curiosamente, no conoció sino de manera muy superficial a alguien que perteneciese a los seguidores del Consejero, quedando atrapado por aquella otra parte de los sertoneiros, quienes como él tuvieron una relación casual con el Consejero y la ciudad que había formado, una experiencia de la cual nadie pudo escapar del todo en la zona. Jurema, Rufino, Caifás y Ulpino, así como los integrantes del Circo que recorrían la zona del interior de Bahía desde hacía años, representan la vida del Sertón tal como se venía desarrollando desde hacía mucho tiempo y, según es posible adivinarlo, seguirá haciéndolo una vez que la guerra termine y Canudos sea completamente destruido. Se trata de una visión de mundo de los pisteros, capangas y sus familias, generada en el sitio mismo y mantenida por largo tiempo con una enorme fuerza sobre las personas. Una de las reglas de esa visión sostiene que el que toma la mujer del prójimo debe pagarlo con la vida, y si la mujer ha participado de la situación, debe morir también. Y tal fue el caso de Galileo Gallo quien violó a

en el momento en que el poder de los coroneles “a la antigua” es cuestionado y superado por una generación de empresarios “modernos”.

Jurema, la mujer del pistero Rufino, quien independiente de todos los hechos que están marcando el acontecer de la zona, tendrá como único norte la venganza y la restitución de su honor. Cuando finalmente se enfrente a Galileo Gall, esa tensión entre el código del lugar y aquel universal alcanzaran su máxima tensión:

“No hay tiempo para esto, Rufino. Lo que pasó puedo explicártelo. Lo urgente es ahora otra cosa. Hay miles de hombres y mujeres que pueden ser sacrificados por un puñado de ambiciosos.

Y más adelante:

Ciego, egoísta, traidor a tu clase, mezquino, ¿no puedes salir de tu mundito vanidoso? El honor de los hombres no está en sus caras ni el coño de las mujeres, insensato. Hay millares de inocentes en Canudos. Se está jugando la suerte de tus hermanos, compréndelo.”¹⁸

Para Rufino las cosas son, por cierto, de otra manera, puesto que ha sido violada la hospitalidad que brindó al forastero. Aunque el quisiera olvidarlo no podría ya que se lo recordarían sus amigos, sus conocidos y su familia: todos saben-le dice su madre en un momento- que ya no podremos vivir aquí.

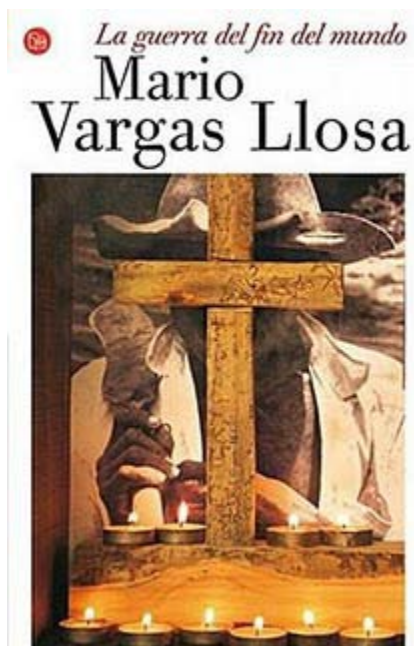
Canudos es un árbol de historias y de malos entendidos, según ya se ha dicho. ¿Qué fue lo que sucedió? Todos los hechos y las versiones forman parte de la historia y fue en esa dimensión múltiple pueden entenderse. Fue, que duda cabe, una lucha religiosa por parte de los sebastianistas, pero también lo fue aquella librada en el parlamento, en Río y Bahía, entre autonomistas y republicanos y que terminó por tener tantas consecuencias para el Brasil de las décadas siguientes. Fue esa en que supuestamente la Corona Británica era la impulsora bajo las sombras, financiando las operaciones, colocando agentes en el territorio e introduciendo una serie de fusiles fabricados en Liverpool y que daban a los rebeldes una potencia de fuego desconocida incluso en el ejército regular. Todos sabían positivamente que no había nada de eso, pero las noticias circularon y fueron esgrimidas por unos para atacar a los otros y poderlos acusar de reaccionarios que se aliaban a potencias externas para conservar sus privilegios. Y hubo periodistas que vieron a los agentes, encontraron cartas escritas por ellos y describieron los pasos que estaban dando en cada momento. Podría concluirse que es una historia de malos entendidos, pero intencionados y calculados.

La novela de Mario Vargas Llosa *La Guerra del Fin del Mundo*, que bien puede figurar en una lista de las mejores de la literatura universal, ha recibido un reconocimiento general, ya sea de los lectores, literatos e historiadores. Jorge Amado en su *Navegación de Cabotaje* destaca que “Aquellos que nosotros, brasileños, no nos atrevimos a hacer, lo hizo el peruano con maestría: al fin se ha escrito la novela de Antonio Conselheiro, la saga del sertón de Canudos ha alcanzado dimensión universal”.¹⁹ Y el escritor brasileño, uno de los mejores conocedores de todos los rincones de Bahía, había sido escéptico frente a las posibilidades de Vargas Llosa para llevar adelante el proyecto. Y según el mismo confiesa, inició la lectura con

¹⁸ Pp. 378-379.

¹⁹ Amado, Jorge *Navegación de Cabotaje*, Losada/Alianza 1995 (1992), Buenos Aires, Argentina, pág. 289.

aprehensiones. Los historiadores, por su parte, han reconocido en forma mayoritaria que la novela, además de muy bien informada por todo lo que se refiere a hechos, personas y situaciones, penetra de manera plena en los hechos por medio de personajes que si bien tuvieron una existencia real –al menos varios de ellos– aparecen recreados por la ficción, situación que hace posible interiorizar en los sentimientos del Consejero, Beatito, María Quadrado, el Barón de Cañabrava y su mujer Estela, así como tantos otros. Estamos en el campo de lo que el escritor peruano ha denominado “la verdad de las mentiras”.²⁰



Una obra como la que estamos comentando permite reflexionar sobre las relaciones entre la historia y la literatura, cuestión que se ha hecho ya en múltiples ocasiones con relación al siempre informadísimo Flaubert de *Salambo* y, por cierto, en Tolstoi respecto de *La Guerra y la Paz*, por solo citar los casos más conocidos. Para esto se hace necesario someter a la crítica dos puntos de vista que siguen reapareciendo y teniendo persistencia hasta nuestros días. El primero de ellos proviene de la literatura y ha sido expresado por el escritor norteamericano E. L. Doctorow, autor entre otras obras de *The March*, novela ambientada en los años de la Guerra de Secesión.²¹ Esta es su respuesta cuando le preguntan por aquello que consigue la ficción y no logra la historia respecto del pasado:

²⁰ Mario Vargas Llosa se ha referido en múltiples ocasiones a este punto, desarrollándolo de manera especial en un artículo titulado “La verdad de las mentiras” que dio el título a su libro homónimo en el que recorre lo que podríamos entender como los que considera los clásicos de la literatura, y en el cual sólo figura Alejo Carpentier entre los latinoamericanos. Véase Vargas Llosa *La Verdad de las Mentiras*, Alfaguara, 2002, Buenos Aires, Argentina.

²¹ Existe una traducción castellana reciente bajo el título de *La Gran Marcha*, Roca Editorial, Madrid España, 2006. Traducción de Isabel Ferrer y Carlos Milla.

“Si quiero datos acerca de la Rusia del siglo XIX recurro a los manuales de historia, pero si quiero la verdad sobre aquella época, entonces acudo a Tolstói, a Chéjov, a Turguénev, a Gogol. Sus cuentos y relatos me proporcionarán un conocimiento profundo. El historiador da cuenta de los hechos, el novelista llega al fondo de los sentimientos. El historiador cuenta lo que pasó, el novelista da cuenta de la verdad que subyace a lo que pasó.”

El punto no es menor si tenemos en cuenta que lo dice uno de los novelistas norteamericanos que ambienta sus novelas en periodos históricos, aunque las limitaciones aparecen evidentes cuando parece estar comparando a algunos de los más grandes escritores de ficción con lo que parecen ser manuales de historia. Quien haya leído, en cambio, a Gibbon, Michelet, Burkhardt, Huizinga, Le Goff y varios otros, difícilmente podrá sostener que sus libros se reducen “al que pasó”. Hace ya tiempo que el trabajo intelectual de los historiadores ha venido explorado muchas más posibilidades en la comprensión del pasado que el solo reestablecimiento de los hechos en sus aspectos puramente cronológicos. Y en este campo ha habido logros interesantes y atractivos, especialmente desde que apareció la *Historia de la Vida Privada* dirigida por Philippe Aries y Georges Duby en 1985, estimulando a partir de ese momento una serie de repeticiones de este esfuerzo en diversos países. Cabe poca duda de que hay allí una aproximación al pasado desde una óptica distinta, mucho más cercana a actores que no habían sido sujetos de la investigación ni habían comparecido hasta ese momento en los libros, pero que vivieron, sintieron, trabajaron y experimentaron todas las emociones propias de los humanos, así con también a aquella parte “reservada” de quienes comparecían en lo público tomándose el penoso esfuerzo de tratar de cumplir todos los rituales solicitados. De esta manera, consolidando tendencias cada vez más fuertes en el trabajo de historiadores, se daba un acercamiento a los sentimientos que Doctorow considera un patrimonio exclusivo de la literatura.

Mario Vargas Llosa, con un refinamiento mayor, y no obstante los resultados logrados en muchas de sus obras²², establece una distinción clara entre la ficción y la historia, remarcando una suerte de superioridad de la primera: “La recomposición del pasado que opera la literatura es casi siempre falaz. La verdad literaria es una y otra la verdad histórica. Pero aunque esté repleta de mentiras –o más bien, por ello mismo- la literatura cuenta la historia que la historia que escriben los historiadores no sabe ni puede contar. Porque los fraudes, embaucos y exageraciones de la literatura narrativa sirven para expresar verdades profundas e inquietantes que solo de esta manera sesgada ven la luz.”²³ La literatura, según podemos leer en variados escritos y declaraciones, tiene que ver con la invención, con la fantasía y los sueños que permiten a los humanos tener un espacio de mejor vida dentro de aquella rutinaria y controlada que vivimos en la cotidianidad.²⁴ Lo que no se llega a entender bien son los motivos por los cuales los sueños y la fantasía podrían no ser parte de la historia y vinieran a quedar en un compartimento aparte de aquellas acciones realizadas por los humanos. El hombre, de acuerdo a esto, haría historia en las batallas, las luchas

²² Además de *La Guerra del Fin del Mundo*, cabe tener en cuenta *Conversación en la Catedral*, *La Guerra de Mayta*, especialmente en la entrevista final entre el autor y el personaje, y la malograda *El Hablador*.

²³ “La verdad de las mentiras”, en op.cit.,pág. 24.

²⁴ Una parte significativa de su artículo “La literatura y la vida” está dedicado a este tema, en *La Verdad de las Mentiras*, pp. 383-402.

políticas, económicas y sociales, y no cuando crea, sueña y fantasea. Una reducción como esta termina por no dar cuenta de la historia ni de la literatura.

La idea de Vargas Llosa no tiene en cuenta el hecho de que también el historiador elabora un relato y no se limita a la transcripción de los datos. Y ese relato histórico, aunque tiene que ver con personas y situaciones de un momento específico, no por eso escapa y queda liberado de las características y exigencias propias de la narración. Otra cuestión distinta es que entre algunos historiadores no haya voluntad para explicitar el punto. Recurriendo una vez más a la experiencia en investigación, creo que todo historiador sabe bien cuanto de “ficción” tiene la historia que está narrando. Jorge Edwards, polemizando con Vargas Llosa respecto de este tema ha señalado:

...no creo que haya diferencias entre la escritura de la Historia y la escritura de la ficción. Es decir, yo creo que los grandes historiadores son grandes artistas y grandes inventores. El ejemplo perfecto es Michelet. *La Historia de la Revolución Francesa*, escrita por Michelet, se lee como si fuera una novela, está escrita como si fuera una novela. Hay un texto muy inteligente de Roland Barthes, que se llama precisamente *El discurso de la historia*, que es una explicación de como el lenguaje del historiador creativo, que es el que interesa, y el lenguaje del novelista, son lenguajes equivalentes. El historiador tiene un material caótico a su disposición, que es el pasado,...y hasta que el historiador no organiza esa realidad, la realidad no existe. Lo que hace el historiador es introducir una coherencia estética, y si no lo hace así no le funciona el libro como gran libro histórico. El gran ejemplo está en los historiadores antiguos, sobre todo en los griegos y en los latinos, donde se ve que la historia es creatividad.²⁵

Desde la historia, por su parte, algunos han extremado las posibilidades de las líneas más recientes de trabajo, especialmente en torno a la ya mencionada historia de la vida privada y la denominada de las mentalidades, disputándole a la ficción su categoría de vida privada de las naciones que le adjudicara Balzac.²⁶ La lectura de estos trabajos, amén de todos los aportes que han constituido, ponen en evidencia la distancia con la meta proclamada. Si el ingreso a lo privado y a la enorme reserva que constituye el imaginario de cada época, ha ampliado bastante la comprensión del pasado, esto no ha desembocado, y creo que difícilmente podrá hacerlo, en la historia específica de aquellos individuos que han pasado por el mundo sin dejar mayor huella y sobre quienes prácticamente carecemos de información.²⁷ Sobre ellos la literatura

²⁵ La conversación entre ambos autores tuvo lugar en el año 1998 en el marco de las actividades de La Semana del Autor dedicada a Jorge Edwards en Madrid. La referencia se encuentra en Ampuero, R. *La historia como conjetura. Reflexiones sobre la narrativa de Jorge Edwards*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2006, pág. 91.

²⁶ Enrique Serna, comentando la *Historia de la Vida Cotidiana en México*, señala: “Durante siglos, la novela definida por Balzac como ‘la historia privada de las naciones’ desempeñó la función ancilar de relejar la cotidianidad omitida en los libros de historia. Por fortuna los historiadores modernos han recuperado ese campo de estudio con un rigor documental que la novela no puede ni quiere alcanzar”.

²⁷ Una serie de aspectos interesantes sobre este punto en la obra de Simon Schama se encuentran en el artículo de Claudio Rolle “La Ficción, la conjetura y los Andamiajes de la Historia” incluido en la bibliografía de este trabajo.

en muchas ocasiones ha puesto sus ojos, creando una ficción profundamente verdadera e histórica. No basta argumentar que tal o cual personaje no tuvo una existencia en carne y hueso para decir que no sea histórico.

Pareciera que en la oposición o el establecimiento de límites entre la novela y la obra histórica puede actuarse una reducción que no tiene mayor sentido y nos presta poca utilidad, al menos desde tres planos: la búsqueda de la información, la narración y la publicación.

Donde parecen radicar las mayores diferencias, aparentemente, es en el objetivo perseguido: en uno recrear los hechos tal como sucedieron de la manera más ajustada posible, mientras que en la otra sería la de construir una ficción a partir del conocimiento de estos hechos. Esto concluiría en que una aspirase a la “verdad” y el otro fuese una “mentira”.²⁸

Para el logro de estos objetivos no se advierte una mayor disparidad entre ambas por lo que se refiere a la recopilación de la información. El trabajo del historiador se centra en la revisión de las fuentes, y de una manera ideal en la mayor cantidad y diversidad de ellas que sea posible. El objetivo es que a partir de ese punto pueda reconstruir el período atendiendo a lo que los distintos actores dejaron por escrito o puedan decir de forma oral. Pero quien haya realizado una investigación histórica sabe que las llamadas fuentes informan, sugieren y entregan variadas declaraciones e interpretaciones, pero que es el historiador quien, como producto de su trabajo, establece el argumento del tema. Como sucede en todo orden de cosas, entre más complejo e importante es el tema abordado –una matanza, una guerra llevada adelante por inconfesadas motivaciones económicas, un genocidio planificado, solo por poner algunos ejemplos- más discrepan las informaciones entre sí. El esfuerzo o intento, valga la redundancia, será la recreación de lo sucedido, pero acontece que “lo ocurrido” aparece en los restos de la época a modo de fragmentos, versiones contrapuestas y llenas de intención. Las conclusiones a las cuales llega el historiador luego de su trabajo tienen que ver con aquello que tuvo lugar, pero también se relacionan con su personalidad, sus ideas y con el presente en el cual vive. Es la combinación de todos estos aspectos lo que apreciamos en los mejores libros de historia.

Vargas Llosa, a propósito de su *La Guerra del Fin del Mundo*, ha dejado registro de cómo se informó sobre un tema que ocurre en otro tiempo y en un lugar como Brasil que le resultaba bastante desconocido hasta ese momento. Todo comenzó con la solicitud de confeccionar un guión cinematográfico. A partir de ahí leyó “prácticamente todo lo que se había escrito sobre Canudos”, se entrevistó con historiadores y consultó las mejores bibliotecas del Brasil. De las bibliotecas pasó a los archivos y a los diarios de la época:

Así es, exactamente. Cuando estuve en Bahía, trabajé muchísimo en el Archivo Histórico, leyendo la prensa de la época; leí muchas tesis universitarias... Y finalmente, el último año de trabajo, lo pasé en Washington, en el Wilson Center,

²⁸ Los términos son los que ha usado Vargas Llosa para establecer las diferencias.

donde estuve como *fellow*, escribiendo *La Guerra del Fin del Mundo*. Y para mí la Biblioteca del Congreso, en Washington, fue algo importantísimo, porque allí conseguí cosas que no había encontrado en bibliotecas brasileñas. Recuerdo siempre un periódico que fue uno de los que influyó más en la opinión pública y la sociedad brasileña [*contra Canudos*], *O Jacobino*. Un periódico del que no encontré sino un ejemplar en Bahía. En la Biblioteca del Congreso tenían íntegra la colección y pude leerla en el Wilson Center en un microfilm, sin ningún problema. Es fantástica, realmente, la Biblioteca del Congreso.²⁹

Documentos, bibliografía sobre el tema, conversaciones con los mayores conocedores del tema y un viaje por los sertones de Bahía donde sostuvo múltiples entrevistas con quienes conservaban la memoria de los hechos en forma oral y que le generó un conocimiento de los lugares, el paisaje, sus colores y olores. Todo esto a lo largo de varios años de trabajo. El método de información utilizado es propio de la literatura de ambientación histórica, pero no difiere del que utiliza el historiador, tampoco de aquel al que recurre el sociólogo que enfrenta un tema de este tipo, ni de aquel al que recurre un reportero de investigación.

Algo similar puede decirse respecto a la interpretación que posibilita una visión global del tema. Vargas Llosa ha declarado muchas veces que toda la situación de Canudos constituye, para él, un capítulo del fanatismo, que es uno de los rasgos más antiguos y persistentes de la historia humana y de manera particular de la latinoamericana. Fanatismo religioso por parte de los habitantes de Canudos; obstinación modernista por el lado de los republicanos que “no quieren creer que se trate de una rebelión de hombres y mujeres humildes”. Para ellos toda la situación no podía ser otra cosa que una rebelión contra la República alimentada por fuerzas externas que utilizaban a los sertoneros.

El esfuerzo llevado adelante por el novelista es el de profundizar dentro de ese fanatismo y advertir que hizo que personas tan diversas llevaran esa actitud al extremo. Por lo que se refiere a los rebeldes de Canudos, ha sostenido:

¿Qué les dio el Consejero? ¿Qué vieron en él para que tanta gente arriesgue su vida de manera tan heroica? Lo que respondió a sus dudas fue, precisamente, recorrer aquella aislada región brasileña. “Fue emocionante ver la inscripción que Mendes Maciel hizo en las paredes de piedra que su grupo edificó en Buen Jesús: *Dios es grande*, y comprobar que la guerra de Canudos ha sido lo más importante que ha ocurrido por allí. No quedaban sobrevivientes, pero seguía viva en la memoria y discursos un siglo después. Lo que hizo que los bandoleros se convirtieran en conductores de masas con profunda fe religiosa fue que el Consejero les dio una causa, descubrir que detrás de las pistolas y las facas podían ser soldados de Cristo, una gran aventura moral, algo que los dignificaba, que les otorgaba un sentido. Por otra parte, el Consejero les dio una identidad, les hablaba en su jerga y ya sus seguidores no tenían de qué avergonzarse”.³⁰

²⁹ En Setti, Ricardo *Diálogo con Vargas Llosa*, Intermundo, Buenos Aires, 1989, pp. 35-36.

³⁰ *Ibid.*

Resultaría inoficioso pensar que una comprensión global del conflicto corresponda a una percepción y explicación desde la literatura, la historia o la sociología. Euclides de Cunha, desde una perspectiva de la sociología histórica comprendió la guerra como un conflicto entre el Brasil moderno y el del interior, mientras que Bradford, en una sede propiamente historiográfica, explica la guerra como el resultado de un movimiento popular que buscaba mantener las ideas, costumbres y modos tradicionales de hacer las cosas frente un pensamiento moderno y republicano que se demostraba bastante insensible a todo lo que se buscaba mantener. Respecto de cuales fueron los motivos por los cuales grupos distintos y numerosos adhirieron al Consejero se pueden advertir diferencias, pero estas no están dictadas por las especialidades que se puedan cultivar sino que a partir de las percepciones y convicciones que cada uno se ha formado luego de informarse sobre la situación.

Por último aparece la cuestión de la publicación. Un buen libro, provenga desde el campo disciplinario de la historia, la sociología o la literatura, inciden en la percepción que tendremos sobre el tema a partir de ese momento. Todos contribuyen a aquel proceso que, según Marguerite Yourcenar, hace del “tiempo un gran escultor”, término que sirve para recordar que un hecho no es algo fijo en un momento preciso sino que va completando su forma con la aproximación y recreación que hace cada generación. La aparición de *La Guerra del Fin del Mundo* en el año 1981 ha constituido a partir de ese momento un referente ineludible de la historia de Canudos, y nuestra aproximación al tema incluye, dentro de la sumatoria de sucesos y percepciones con el cual lo abordamos, este hecho que pasa a formar parte de una historia más amplia que tuvo sus inicios en el nordeste del Brasil a fines del siglo XIX.

Bibliografía:

Jorge Amado *Navegación de Cabotaje*, Losada/Alianza, Buenos Aires, 1995 (1992).

- *Tierras Sin Fin*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1985 (1942).
- *Gabriela Clavo y Canela*, Losada, Buenos Aires, 1969.
-

Roberto Ampuero *La historia como conjetura. Reflexiones sobre la narrativa de Jorge Edwards*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2006.

E. Bradford Burns *A History of Brasil*, Columbia University Press, U.S.A., 1993.

Euclides Da Cunha *Los Sertones. Campaña de Canudos*, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 2003 (1902)

Peter Elmore "La Guerra Del Fin Del Mundo: Las Inscripciones De La Violencia", en *La Fábrica De La Memoria. La Crisis De La Representación En La Novela Histórica Latinoamericana*, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Francisco Iglesias *Historia Política De Brasil*, Colección Mapfre, España, 1992.

Robert M. Levine "Mud-Hut Jerusalem": Canudos Revisited, en *The Abolition of Slavery and Aftermath of Emancipation in Brazil*, R.J. Scot, S.Drescher et al., Duke University Press, U.S.A. 2001 (1988).

- *The Brazil Reader, History, Culture, Politics*, Duke University Press, 1999.
-

Claudio Rolle Documento de Trabajo N°2, Instituto de Historia PUC, Chile. En "Textos Digitales", www.puc.cl/historia.

Ricardo Setti *Diálogo con Vargas Llosa*, Intermundo, Buenos Aires, 1989.

Mario Vargas Llosa *La Guerra del Fin del Mundo*, edición definitiva a cargo de Alez Zisman, Alfaguara, España, 2003 (1981).

- *La Verdad de las mentiras*, Alfaguara, España, 2003 (2002).
-

Daryle Williams *Culture Wars in Brazil, The First Vargas Regime, 1930-1945* (Contiene referencias al tema de Canudos en la introducción), Duke University Press, U.S.A., 2001